

## NOTAS ARTÍSTICAS



### «LA MARCHA BRASILEÑA»

(A LEO DE SILKA)

Con íntima satisfacción, mi querido y distinguido amigo, voy á referirle, y así en público, para que todo el mundo se entere, una historia que parece cuento, pero que es tan historia como usted es un gran artista y yo su devoto admirador.

Tiene usted en esta historia papel inconsciente, pero muy importante, y por eso se la dedico; por eso y porque ha de conmoverle. Conozco su corazón como conozco su temperamento artístico.

Hace años ya, cuando al calor de una amistad muy sentida y de un amor muy grande á la música nació «Euskal-batzarre», madre de «Bellas Artes», en un modesto primer piso de la calle del General Echague, usted, Guimón, ¡nuestro pobre y bien querido Guimón! y Cendoya hacían música, —*passez-moi le mot*— rindiendo culto á los grandes maestros y ¡qué diantre! rindiendo horas de las muchas que sobran, por lo pesadas que se hacen, en las interminables noches de invierno.

Más de una y más de dos rondé yo aquella casa como misterioso galán á enrejada dama. No osé traspasar los umbrales de la naciente sociedad, aunque sabía que la cortesía y la amistad me dispensarían buena acogida; pero no soy amigo de tomar vela en el entierro en que no me la dan, y eso que aquello no tenía síntomas de entierro, pues por lo mucho bueno que sonaba, más bien parecía función de gloria.

Una noche oscura y fría me encontré apostado frente á la casa del

«Euskal-batzarre» un muchacho á quien al pronto no conocí. Desarrapado, temblando de frío, permanecía quieto mirando á los balcones de la sociedad y escuchaba con atención la música que, como orquesta de instrumentos de cuerda con sordina, se oía á través de las cerradas vidrieras. Parecía la estatua humana de la miseria infantil, sin pedestal y abandonada contra el quicio de una puerta.

Me extrañó tanta quietud, tanta inmovilidad, tanta atención, y le pregunté:

—¿Qué haces aquí?

—Oír,—me contestó sin tener la dignación de mirarme.

—Me desconcertó su aplomo y callé; pero calló también pronto la música y entonces el rapaz me miró, probablemente con mirada que quería decir:—Y á usted qué le importa lo que hago yo en este sitio?

Reanudé el interrogatorio, que poco más ó menos fué el siguiente:

—Te gusta la música?

—Mucho; por eso estoy aquí; pero tengo permiso de mi padre—agregó, temiendo sin duda que fuese yo un agente de policía.

—Pero sabes música?

—Sí, señor; llevo dos años de estudios en París; pero pasado mañana nos embarcaremos para América. ¡Sabe Dios si volveré á tocar el piano!

—Con quién vas á América?

—Con mis padres. Vivimos en esta calle. Anoche tuvimos que ir á la redacción de *La Voz de Guipúzcoa* y al volver oímos música en esos balcones. Como desde la casa en que vivimos no se oye, le dije á mi padre que quería estar aquí escuchando. Y esta noche también he bajado á oír un rato, porque anoche oí tocar al piano una marcha ¡qué marcha más bonita....!

Su relación adquirió doble interés para mí desde el instante en que dijo que la noche anterior tuvo que venir á la redacción de *La Voz*.

Pocas palabras más aclararon la situación. Se trata de una historia que recuerdo como si hubiera sucedido ayer.

Un oficial de los que el año 83 se sublevaron en Badajoz, su mujer y su hijo, que tras de muchos años de emigración en Francia venían á España hostigados por el hambre, sin poder pasar de San Sebastián. Varios amigos hacemos una colecta; uno de ellos, que actualmente está muy lejos, paga el pupilaje de aquella infeliz familia; otro, muy querido, que está mucho más lejos ¡de donde no se vuelve ja-

más! la costea el viaje á Buenos Aires, y los demás con nuestros modestos socorros, la damos una cantidad para la travesía. Historia vulgar, ignorada, como hay muchas, y aquí, cerca de la frontera, muy frecuentes.

Resumen: que de aquella entrevista al aire libre, y además de libre, frío, resultó que ofrecí formalmente á Arturito Marquez—así se llamaba aquel mozuelo—que á la siguiente noche oiría tocar la marcha que tanto le había cautivado, la *Marcha Brasileña* que usted toca maravillosamente y que aquel niño había oído por casualidad.

De vuelta en la redacción pensé mucho cómo había de cumplir mi promesa. Escribirle á usted rogándole que á la noche siguiente tocase en «Euskal-batzarre» la *Marcha Brasileña* era cometer dos incorrecciones: una, molestarle á usted con una pretensión que tenía mucho de incoherente, porque no era cosa de decirle que deseaba que tocase aquella obra para que la oyese un rapazuelo de la calle; y otra, decirle en cierto modo que quería ir á aquella sociedad en la que ningun derecho ni título tenía.

Dí en mi magín cien vueltas al asunto, y al cabo hallé un recurso, no diré que ingenioso, pero sí eficaz para lograr lo que me proponía.

Redacté un suelto que apareció en la siguiente mañana, diciendo poco más ó menos: «En cierta casa de la calle del General Echagüe se hace música por las noches, y varios aficionados suelen escuchar desde la calle tan agradable concierto.»

Ya sabía yo cuál era la inmediata, dada la amabilidad de usted y del amigo Camio. Al siguiente día recibí una atenta carta invitándome á asistir aquella noche á «Euskal-batzarre». Había logrado lo esencial. El suelto quizá pareciese una petición disimulada. Pero lo que no hubiera hecho por mí, lo hice por aquel niño que tanto me interesó.

Acudí á la cita. Arturo Marquez estaba en su sitio. Aquella noche pisamos por primera vez «Euskal-batzarre», Diego Altuna, que entonces dirigía *La Unión Vascongada*, y yo.

Se tocó música de Wagner y de Beethoven y en un intermedio le rogué á usted que tocáse la *Marcha Brasileña*, y usted, siempre complaciente, la tocó. A pretexto del calor que hacía en la sala abrí un poco uno de los balcones para que oyese mejor el chico de la calle.

Al siguiente día zarpó de Pasajes el *Ortegal*, llevando á la familia del desgraciado Marquez. El incipiente pianista me dió las gracias por la audición que le había proporcionado la noche anterior, y yo le dí

cartas para Malagarriga, Vera y Ruiz de Albornoz, antiguos amigos y compañeros, hoy periodistas de nota en Buenos Aires.

Es esta toda la historia que parece cuento? Si esta fuera, no la referiría, porque no merecería la pena de contarse.

Ya no me acordaba de Marquez ni de aquella escena callejera, cuando he aquí que en el correo de ayer recibo un paquete de periódicos del Brasil, y entre ellos *El Español*, de la ciudad de Los Santos, en uno de cuyos números leo lo siguiente, que copio sin quitar punto ni coma:

«Anoche se verificó en el «Club Español» un admirable concierto »vocal é instrumental del que fué la parte más saliente la presentación del notabilísimo pianista español, D. Arturo Mazquez, joven »de 18 años, nacido en Badajoz (Extremadura de España) y emigrado de la Madre Patria con su padre, militar sublevado en uno de los »motines últimos, á la Argentina. Arturo Marquez es un prodigio »como pianista; y como artista de corazón, mayor prodigio aún.

»Tocó la *Marcha Brasileña* de Gottschalck con perfección tan »rara y con braveza tan ingénita, que el público, arrebatado de entusiasmo, le hizo una ovación imponderable, teniendo que repetir »entre aplausos que aturdían la preciosa pieza de carácter nacional.

»Hermoso es el horizonte abierto al joven Marquez por la gloria »que le brinda sus favores. ¡Avante; pues el arte te conduce!»

Sin este epílogo curioso y consolador, yo no le referiría á usted la historia que le refiero, y en la cual, como dije al principio, juega usted inconsciente, pero importante papel.

De seguro que al sonreír el pianista Marquez en medio de los triunfos que alcance con la *Marcha Brasileña* en el Brasil, se acordará de Leo de Silka, de la calle del General Echagüe de San Sebastián y quién sabe! acaso, acaso de mí!

ANGEL M.<sup>a</sup> CASTELL.

